

sido nunca, pasaba las negras, agarrándome a la perilla de la montura y apretando las piernas. De todas formas mi figura a caballo, con la garrocha, que no sabía qué hacer con ella, resultaba lamentable en aquel grupo de buenos jinetes.

Por la noche, y en la casa de una hacienda de olivar, propiedad de don Eduardo, nos reuníamos los excursionistas, y allí, antes y después de la cena, se comentaban las incidencias de la jornada y se bromeaba de lo lindo. Yo pasaba unos ratos deliciosos oyendo las agudezas de algunos asistentes que tenían verdadera gracia. Recuerdo de un tal Frageli (creo que todavía vive), que era un tipo pintoresco, indispensable en este género de reuniones, porque con él bastaba para tener en continuada hilaridad a los asistentes. En uno de esos trasnoches, un jefe del Arma de Caballería, gran amigo de don Eduardo, y que estaba al frente de una yeguada militar en Africa, nos tenía muy entretenidos contándonos cosas relativas a las costumbres de los moros, que conocía muy bien por haberse pasado su vida militar en Africa. El buen señor, que se expresaba muy bien, estaba en un plan de lo más serio, como si estuviera pronunciando una conferencia en el Ateneo. Uno de los oyentes, aprovechando la primera pausa del disertante, le preguntó:

—Y de mujerío, ¿qué tal por aquellos terrenos?

—Mire, nosotros los cristianos no vemos la cara a las moras, excepto los ojos, que suelen ser hermosísimos.

—¿Pero no se puede ni hablar con ellas?

—Eso sí, aun cuando no es frecuente, sobre todo con las jóvenes. Con las viejas, sí, que incluso no iban tapadas. Le tienen un miedo cerbal a los hombres. Recuerdo —prosiguió— que en cierta ocasión una mora joven, y que debía ser guapísima, se acercó a un pozo nuestro para llenar un cántaro de agua. Entabló animada conversación con unos soldados nuestros, prolongándose algo más de lo que debía la operación que allí la llevaba. Todo esto lo veía un hombre que, rígido, no le quitaba ojo. Cuando regresó *la mujer*, y sin decir una palabra, la tiró al suelo de un mandoble, y con una buena vara le estuvo dando de palos hasta que no salía más polvo de sus vestidos.

El silencio del cóncave era absoluto ante la impresión que nos produjo el relato del comandante. De pronto, el gran Frageli se dirige a él y le pregunta:

—Perdone, mi comandante, que no me he dado cuenta de lo que ha dicho. ¿Estaba hablando de una mora o de una estera?

Las carcajadas de los asistentes fueron unánimes, y el comandante, desconcertado, pero encajando el golpe, dice a su interruptor:

—¡Muy en tu papel, Frageli, muy en tu papel! —y se retorció el bigote, como si estuviera haciendo pleita.

Como esto va resultando un poco largo, ya seguiré contando a mis paisanos cosas de Sevilla. El tema es inagotable.

Carlos Morales Antequera.